

El orden mecánico (2)

Viernes, 24 de marzo de 1939

Esta teoría, que eleva al Estado-máquina sobre las ruinas de la aplastada individualidad, conduce fatalmente a la negación total del derecho. Pero sin duda más peligrosa aún es la influencia sobre el orden moral, a su vez mecánico. Esta otra consecuencia aparece más violenta, más grave y más extendida. También en el terreno del derecho, y aún respetando algunos límites infranqueables —que están precisamente en los confines de la moral—, la coacción del Estado por medio de la fuerza, y su autoridad para legislar están admitidas incontestablemente. No es aplicable el caso para los principios y para los actos de la vida moral, exceptuando algunas relaciones de costumbres, colocadas bajo la protección de la moral pública.

En este orden de cosas, la divinización del poder público, de un ser sin conciencia y la desaparición del ser humano, con los impulsos, las inquietudes, las preocupaciones supremas de su destino, significa el agotamiento completo de la fuente del progreso moral porque la agotamos en sus orígenes últimos.

Resulta comprensible que muchas relaciones humanas puedan desarrollarse bajo la única influencia de las normas de orden moral. Es precisamente en la vida más amplia, en el campo internacional, donde las debilidades tan acentuadas de la regla jurídica están a menudo sustituidas por unos principios del orden moral. La insuficiencia de una legislación, es remediada por la amplitud de una civilización. En fin, el campo de la moral es mucho más extenso que el del derecho. La coacción de éste refuerza la norma moral, pero ésta vivifica siempre al derecho.

Se podrá decir ante esas apreciaciones que, por muy lógicas que parezcan, están todavía exageradas, y que los Estados-máquina, que desprecian al ser individual, y sus libertades, su dignidad y su destino supremo, conservan sin embargo las nociones prácticas de la moral en la vida sin introducir cambios profundos. Es una ilusión engañosa. Conservamos las palabras, pero desprovistas de su sentido propio, convertidas en fórmulas de otras ideas diferentes y a veces opuestas.

Sin duda al Estado todopoderoso le conviene no rechazar las nociones seguras y arraigadas, y sobre todo utilizables para su provecho. Pero al reducir las a ese rango de ayuda están completamente trastornadas. La honradez es un ambiente de trabajo, una disciplina de taller, la virtud de los demás sólo es una facilidad para aquél que los manda, ya que crecerá hacia el desarrollo y la obediencia voluntaria. El sentimiento del deber será un multiplicador del esfuerzo. La moral sirve de gran lubricante, que reduce los choques e impide los roces. Mirando aún más arriba las creencias religiosas, a su vez rebajadas, serán una energía utilizable a conservar o un grave obstáculo a combatir.

Así la pérdida de una parte —solamente de una parte— de la moral universal significa un gran retroceso de la civilización; la crisis de ésta se debía sin duda al retraso del progreso moral en comparación con el desarrollo material y técnico; extraña solución para un remedio, que en vez de crecer, las fuerzas morales de la cultura sean, a su vez, hostiles a la naturaleza y contrarias a las necesidades: las fuerzas morales se hacen mecánicas! Es la supresión, apenas disfrazada, de las ciencias morales en el momento en que una nueva civilización, demasiado mecánica, reclama como exigencia vital la valentía, el progreso de las fuerzas de orden espiritual.

No existe comparación posible entre el retroceso de nuestros días y el de las tendencias, por poco espirituales que parezcan, del pasado. La moral sensual o la moral utilitaria quedaban establecidas sobre unos fundamentos psicológicos. Las concepciones materiales presentaron una metafísica, a su manera, antes y más que una psicología en sentido estricto.

Es posible que durante algún tiempo las consecuencias funestas de una doctrina absurda no se muestren en toda su amplitud. Se puede vivir de las ideas morales, a las que se arruina, mientras están aún de pie, a la manera en que una época perezosa se mantiene por el esfuerzo de las generaciones adelantadas, o como el loco heredero derrocha la herencia que le tocó en suerte.

¡Pero ese periodo será inevitablemente muy corto! Desde este momento abominaciones, inquietudes, y odios muestran suficientemente la rapidez y la gravedad de las consecuencias de esa negación del orden moral. La conciencia universal siente un escalofrío; comprende que se adentra demasiado cerca de una crisis catastrófica como nunca conoció otra.

Sin duda, a fin de cuentas, la victoria será para el bien, para la razón fuerte y para la fuerza razonable. Es la esperanza de mucha gente y es también la decisión de algunos. Pero parece que la mejor defensa contra el error es la verdad; conviene oponer la justicia a la inquietud; porque, en cierta medida, el

juego de la fuerza plantea la cuestión en el terreno de la violencia, que esta elige, prepara siempre y favorece las reacciones de otras violencias.

La razón debe pronunciar la última palabra; pero estaría aún mejor que pudiera decir la primera.